



PRODIGIOS DE CELULOSA, TINTA Y CORAZÓN

● Juan Carlos Fernández
www.juancarlosfernandez.es

L Siempre me fascinó el mundo de los impresores: sus cajas con tipos, sus tintas, sus máquinas cada vez más complejas que daban vida perenne (salvo cuando mediaba el fuego de los sensores) a las ideas de cualquier aficionado a la estilográfica. O que facilitaban a los negocios sus transacciones comerciales: facturas, albaranes, tarjetas de visita... y en octavillas de colores ponían en conocimiento de la distinguida clientela sus insoslayables ofertas; o servían de convocatoria de los partidos políticos a sus actos, en los que expondrían verdades incontestables.

Viejos talleres de imprenta un tanto abigarrados, pero objetos del deseo del escritor, siempre ansioso por ver sus textos en manos del tipógrafo. Ahora todo es mucho más fácil. Los ágiles dedos del cajista, que a la velocidad del rayo componía con tipos móviles y con mucha habilidad lo que usted quisiese dar a la estampa, han sido sustituidos por los no menos veloces y expertos del diseñador que, provisto de teclado, ratón y monitor, ejecuta en un pispás y prácticamente sin límites todo cuanto el magín del publicista, del escritor, del periodista o del comercial pueda pergeñar. Y sin necesidad de fotolitos ni de cansinos trabajos de ajuste merced a la perfección de las máquinas de imprimir, superadoras no poco ufanas de las antiguas prensas tipográficas, prácticamente arrumbadas o, con un poco de suerte, suscitadoras de comentarios indulgentes en algún establecimiento del ramo o en museos etnográficos.

Las imprentas son un mundo mágico. Y, para el diletante o para el profesional letraherido, un lugar de placer. Recuerdo que pedí con insistencia, cuando publiqué mi primer libro, asistir al parto de sus primeros pliegos. Me fue concedido el deseo y pude contemplar con orgullo cómo salían de la máquina offset a una velocidad endiablada, escrutados por el

A mi amigo Alfonso, que allá por los Madriles atesora libros, bonhomía y ansias de libertad.

A mi amigo Juan Tomás, que tiene por digno oficio el de Imprimir, y por pasión crear.

operario experto en una mera supervisión rutinaria, pues ante tanta tecnología la posibilidad de error es despreciable. Y me pareció oler la tinta fresca, aunque no sé si fue imaginación, porque los pliegos se apilaban a la salida de la máquina sin descanso y, seguramente, con el pigmento que tanto valor pone en el papel ya seco. Bien mirado, allí no se acumulaba sólo celulosa y no sé cuántos componentes más, si es que los hay, impregnada por las tintas. No, allí se acumulaba mi propia alma. El fruto de años de desvelo, de trabajo constante, de ilusión, de búsqueda de la escurridiza verdad, de horadar las paredes del tiempo para conseguir documentos que, como antorchas en la oscuridad, te permiten guiar tus pasos por el incierto camino.

Esos pliegos que después serán sometidos a la plegadora, que habrán de sufrir la guillotina (nada más frustrante que un libro intonso), contenían, contienen, mi tiempo. Y cualquiera, por pocos euros, se puede adueñar de años de esfuerzo, de pasión por la exactitud y de amor por la investigación compendiados en forma de libro. A cambio, el autor puede satisfacer alguna dosis de engreimiento y pensar que deja algo para la historia, que como bien dice Emilio Lledó, el libro es un idóneo «artificio para sujetar el río del tiempo.»

Después vinieron más, hasta siete. Y siempre he sentido la impaciencia de ver en mis manos el volumen encuadernado. Las ideas, revestidas en rústica, en cartoné, o en lo que sea, son un poderoso imán. Y sientes, vanidad de vanidades, que formas parte de un mundo que amas, que admiras. Aunque, traición de traiciones, lo dejes de lado para dedicarte a otras cosas.

Pero sobre la arrogancia del que consigue que le editen algo creo que está la pasión por la palabra. Cuántos cambiarían —cambiaríamos— cien ejemplares vendidos por conseguir una



frase redonda. Una portada atractiva por saber expresar una idea de modo claro, estético. Un buen contrato de edición por dominar el arte de las comas, por alcanzar las intimidades de la gramática. Una reseña en un dominical por poseer la habilidad de convertir la tinta en pólvora que haga estallar sentimientos...

Mas, sobre la pasión del escritor, del eterno aspirante a la benevolencia del público, del ansioso por grabar con tinta sus pensamientos existe otra que cobra sentido quizá, y como dice Vallejo en su «El universo en un junco», en «el esfuerzo por unir las palabras distintas del universo hasta formar un conjunto dotado de sentido.» Es el afán del lector, muy especialmente del que decide poseer —atesorar— libros; a estos se refiere Vallejo en su «junco» que, si aún no lo es, va camino de convertirse en superventas.

Los libros son luz, aunque no todos, claro, pero seamos benévolos, nada hay perfecto. Siempre me gusta recordar mis años de niñez, en un ambiente de pueblo de los sesenta y setenta, aún lejos de muchas modernidades que el tiempo y la democracia habrían de traernos. Pueblo, como todos, muy encerrado en sí mismo; con gentes que vivían sus vida con buenas dosis de tedio y ancladas a supersticiones que se mantenían firmes a pesar de lo avanzado del siglo. Sin comunicaciones que nos permitieran movernos con la facilidad que hoy (no siempre, y no entro en detalles) gozamos. En esos tiempos ya disponíamos del escaparate de la televisión; pero era única, y por lo tanto peligrosa por su capacidad de uniformizar (hoy, cuando abundan, todas tienen un algo de adormideras); empero, nos atraían como un agujero negro y nos fijaban a sus pantallas, con sus cartas de ajuste, sus interrupciones frecuentes y sus oraciones, despedidas y cierres.

Pero el auténtico escape, la más valiosa ventana a un mundo que, bendita niñez, aparece ante nosotros como territorio que ansiamos explorar; la mejor herramienta para quienes con carácter previo habíamos recibido el don de la curiosidad, estaba impresa en tebeos en los que, entre historietas divertidas, nos insertaban curiosidades del mundo que nos esperaba, fresco y luminoso, más allá de nuestros límites físicos y mentales. Publicaciones añoradas que nos iban incorporando a la lectura, a la maquinaria siempre en marcha del amor por el conocimiento. Después devorábamos los libros que nos prestaban en la biblioteca pública. Textos nada pretenciosos, mucho Zane Grey, por ejemplo, pero que avivaban sin tregua el fuego y nos acercaban a un mundo apasionante y espectacular, y que saboreábamos con fruición. Y empezamos a comprar algunos ejemplares con nuestro menguado peculio. Siempre recuerdo cuando, con catorce años, más o menos, devoré el «Odessa» de Forsyth de una sentada: épico ejercicio que dice mucho en favor del autor, capaz de absorber y fijar en un sillón a un jovencuelo hipnotizado con una historia magníficamente contada.

Empezábamos un camino que, lamentable y gozosamente —qué contradicción— es inacabable. Lamentablemente, porque es imposible recorrerlo en su totalidad: ¿Cuántas vidas necesitaríamos para leer todo lo que merece la pena? Gozosamente porque esto significa que la capacidad de creación no decae, aunque no toda sea de la mejor calidad, que la inquietud del escritor no se agota. Y andando por esta senda, algunos nos hemos propuesto atesorar volúmenes. No es, desde luego, lo que más se lleva ahora, cuando la irrupción de los libros digitales amenaza con convertirnos en antiguallas. Pero es que el placer de acumular libros es algo que sólo se puede entender si estás absorbido por esa manía. Muchos de ellos



no los leeremos, no tenemos tiempo. Pero el sólo hecho de sentir su presencia, de poder hojearlo/ojearlo cuando te plazca, es una fuente de placer.

Y, después, los libros son ladrillos con los que edificamos nuestro más preciado tesoro después de la vida: la libertad. Muchos de ellos, desde luego, defienden posturas radicalmente contrarias a la misma. Pero ahí debe intervenir nuestro criterio, conformado por décadas de contrastar ideas y de intentar someterlas al fiel de la justicia y del sentido común. Si bien muchos de los que han odiado y odian la libertad han trasladado al papel sus pensamientos, son más, me parece, quienes en sus páginas demuestran que la aman: en ensayos, novelas o poemas, las mejores reflexiones, los más edificantes ejemplos están ahí, en pliegos que a veces se han impreso con sangre.

Nada odian los tiranos como la capacidad de pensar. Por lo tanto, en pocos objetos centran tanto su odio como en los libros, tanto en los que se escribieron décadas o siglos antes del ejercicio de su tiranía como en los publicados en el tiempo presente, que además son signos de valentía. Fíjense, no hace demasiado alguien me afeó por una cuestión que nada tenía que ver conmigo —les hablo del proceloso mundo de la política— y pergeñó una fallida y burda trampa saducea para hacer que me manifestara en contra de otra persona. Le respondí todo lo comedidamente que pude, aunque suprimí un párrafo de la misiva. Lo hice porque me pareció que resultaría un tanto soberbio y hasta pedante. Las líneas autocensuradas contenían una sucinta relación —de entre centenares posibles— de autores a los que conviene leer para huir de la tentación totalitaria: Ortega, Marañón, Bradbury, Huxley, Orwell, Figes, Grossman, Levi o Haffner. Leerlos puede ayudar

a disipar dudas sobre lo imprescindible de la libertad, sobre la miseria de quienes la pisotean.

La construcción, amables y pacientes lectores, de nuestras vidas, de nuestro mundo, tiene mucho que ver con las ideas. Y estas se encuentran mejor en los libros que en las delirantes redes sociales en las que, como vengo diciendo —y sostendré siempre—, cualquier indocumentado provisto de un teclado se atreve a pontificar. No sé si esta es una guerra perdida, pero un servidor de ustedes, y otros que conozco, edificamos nuestra Numancia y levantamos sus muros con libros. Nos defienden bien del analfabetismo y de la intolerancia; de la superstición y de las manipulaciones de la historia. Somos más fuertes porque tenemos a mano la sabiduría de cientos de personas que nos han legado lo mejor de sí mismas.

En fin. Les confieso, para terminar, y no es nada nuevo porque llevo diciendo —y escribiendo— esto hace años, que, como a Kempis, nada me haría más feliz que disfrutar plácidamente, en un rincón retirado, de la lectura. Bueno, y de la escritura, claro, que este veneno no tiene antídoto. ¡Pero qué difícil se presenta!